

ROMANO DE MARCO

EN **CASA** DEL
DIABLO

boveda

Título original: *A casa del diavolo*

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2017

© Romano De Marco, 2012

Published by arrangement with Loredana Rotundo Literarv Agent - Italy.

© traducción: Patricia Orts, 2017

© de esta edición: Bóveda, 2017

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-54-8

Depósito legal: SE. 672-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	9
CAPÍTULO 2	17
CAPÍTULO 3	27
CAPÍTULO 4	33
CAPÍTULO 5	41
CAPÍTULO 6	49
CAPÍTULO 7	59
CAPÍTULO 8	65
CAPÍTULO 9	73
CAPÍTULO 10	81
CAPÍTULO 11	87
CAPÍTULO 12	99
CAPÍTULO 13	105
CAPÍTULO 14	111
CAPÍTULO 15	121
CAPÍTULO 16	131
CAPÍTULO 17	139
CAPÍTULO 18	145
CAPÍTULO 19	155

CAPÍTULO 20	163
CAPÍTULO 21	171
CAPÍTULO 22	179
CAPÍTULO 23	193
CAPÍTULO 24	195
CAPÍTULO 25	205
CAPÍTULO 26	211
CAPÍTULO 27	219
CAPÍTULO 28	225
CAPÍTULO 29	231
CAPÍTULO 30	239
AGRADECIMIENTOS	243

LA CARRETERA ES UN MUESTRARIO DE CURVAS. Cerradas, de herradura. Estranguladas. Todas en subida, sin quitamiedos y bordeando unos precipicios amenazadores. Cada doscientos metros encuentro ramos de flores colocados al margen de la calzada, algunos acompañados de una fotografía enmarcada. El navegador de mi todoterreno dice que aún faltan dieciocho kilómetros y pienso que cinco minutos más así y, como poco, vomitaré. Espero que alguien llegue de un momento a otro para despertarme de esta pesadilla. «¡Giulio Terenzi, has mordido el anzuelo! ¡Sonríe, estás en *Objetivo indiscreto!*».

Pero nadie vendrá a salvarme.

Hace ocho días

—¡Terenzi! ¡Vamos, acomódese!

—Gracias, señor.

El despacho de Paolantoni, el responsable de los recursos humanos de la zona, es el más elegante de nuestra sede de Ascoli. Amplios ventanales en los dos lados; parque de nogal antiguo, pero recién abrigantado; muebles de diseño tapizados de piel de color burdeos, con las superficies de cristal satinado.

—¿Cómo se ha sentido con Bracciani? ¿Ha sido instructivo trabajar como vicedirector en una filial tan importante?

—Sí, señor. He aprendido mucho y estoy preparado para sacar provecho de esta preciosa experiencia.

¡El viejo canalla de Bracciani! Me relegó en la oficina durante seis meses. Nada de producción ni de desarrollo. Me impidió tratar con los mejores clientes, los que cuentan, de manera que apenas tuve ocasión de conocerlos y si lo hice fue porque me presenté por mi cuenta. Ni siquiera es licenciado. Un contable de sesenta años que apenas sabe abrir un correo electrónico. Yo, que tengo un máster en Economía en la LUISS y que me licencié con matrícula de honor, tuve que hacer de esclavo y soportar su paternalismo y sus discursos sobre la manera de trabajar «al viejo estilo». Pero por fin ha terminado. Ha sido como estar a pan y agua, como decía ese político durante la campaña electoral, pero la sonrisa no se ha borrado de mis labios y ahora estoy preparado para dar el gran salto. Esta convocatoria estaba en el aire, un amigo me la anunció en la sede central: «Se rumorea que van a proponerte para dirigir una filial. Podría ser algo importante».

En efecto, siento que ese puesto será mi trampolín de lanzamiento. ¡A partir de ahora, nadie podrá detener-



me! Tengo treinta años y apuesto a que cuando cumpla cuarenta seré ya director.

Basta, no puedo más. Voy a vomitar de verdad el desayuno. Me paro a un lado de la carretera, en una especie de explanada que, mira tú por dónde, está justo al margen de una curva cerrada. Me apeo y doy unos pasos por una alfombra de grava que alguien debe de haber descargado para cubrir la mierda de oveja. El aire es cortante, es posible que estemos a quince grados y hoy es tres de junio. Voy a tener que dormir con el edredón.

Al mirar alrededor solo veo montañas. El cielo está asquerosamente despejado, atravesado por un par de estelas espumosas de unos aviones que parecen petrificadas en el inmenso *desktop* celeste. El silencio es irritante. Me concentro y logro percibir un único ruido a lo lejos, una especie de campanilleo de vacas. Estoy rodeado de laderas de color verde esmeralda que, a cierta altura, se transforman bruscamente en crestas de rocas marrón grisáceo. En la cima hay alguna que otra mancha blanca; debe de ser el glaciar del Gran Sasso, el único en toda la cadena de los Apeninos, si mal no recuerdo.

Pero ¿qué cojones hago aquí?

—Bien, bien, Terenzi. Lo he convocado porque usted es un joven de grandes capacidades y la empresa quiere darle la oportunidad de hacerlas fructificar proponiéndole una dirección.

—Se lo agradezco, señor. Le confieso que, en efecto, me lo esperaba y que estoy preparado para hacer un

esfuerzo. Aspiro a trabajar por objetivos, a medirme sobre el terreno para demostrar lo que valgo. Le aseguro que estaré a la altura de la confianza que han depositado en mí.

—Claro, claro. Como usted sabe, nuestra política empresarial consiste en formar a los empleados a trescientos sesenta grados. Queremos que el crecimiento profesional técnico de perfil alto vaya siempre acompañado de una trayectoria humana centrada en la gestión de las relaciones interpersonales. El «enfoque adecuado» en el trato con los compañeros es fundamental para los que aspiran a desempeñar una función directiva, para los que un día deberán optimizar los recursos y organizar los equipos de trabajo.

«Un día». Lo ha dicho en un tono que no me gusta ni un pelo.

—Bueno, señor, he asistido a varios cursos sobre asertividad, gestión de conflictos en los grupos de trabajo, evaluación de los riesgos psicosociales relativos al ámbito laboral y...

—Sí, sí; ya lo sé, conozco su currículum. Es impecable, desde luego. Usted se tiró a la señora Battiston de la filial de San Benedetto, ¿verdad?

—¿Qué? Pero ¿qué dice? Yo no...

—¡No se haga el sueco, Terenzi! No intente negarlo. Todo lo que sucede en la zona pasa por mi escritorio. No solo soy el jefe de personal, además soy una especie de confesor.

—Disculpe, señor, pero no entiendo en qué forma los asuntos personales pueden...

—¡Calle, por Dios, y escúcheme! Con toda probabilidad no sabe que Magda Battiston y yo empezamos juntos en este banco cuando usted aún seguía pegado a las faldas de su madre, que le limpiaba la nariz. Magda lleva casada veinticinco años, tiene una hija en la universidad y un hijo a punto de licenciarse. Es una mujer muy guapa, lo sé. Lo era aún más hace veinte años, cuando trabajábamos juntos. ¿Cree que yo no la deseaba entonces? Claro que sí. Igual que muchos compañeros que colaboraron con ella. Pero la respetamos. Respetamos su matrimonio, su dignidad. Luego, de repente, apareció usted. Treintañero, licenciado con las máximas notas. Un cuerpo de atleta, trajes firmados y muchos humos, una presunción que le hace creerse superior a todos nosotros. Los «dinosaurios», así nos llamaba cuando hablaba con Magda, ¿verdad? ¿Sabe que después de la breve relación que tuvo con usted sufrió una crisis? Estaba enamorada. Cuando usted la dejó, después de haberse acostado con ella en un par de ocasiones, su vida estalló en mil pedazos. Las relaciones con el bueno de su marido, con sus hijos. Todo se crispó, se volvió confuso.

—Pero usted... Quiero decir, esos son asuntos privados que yo...

—¿Está preguntándome cómo lo sé? Ya se lo he dicho, Terenzi, yo lo sé todo. Magda se confesó conmigo. Hace unos días estaba sentada en el mismo sillón donde está usted ahora, llorando de desesperación. Me costó convencerla de que debía rehacerse, recuperar un poco la dignidad. No sabía cómo consolarla. Pero a usted todo esto no le interesa, ¿verdad? Usted, por lo que sé, se niega

incluso a hablar del tema. ¡Hasta la amenazó con contárselo todo a su marido si ella seguía molestándolo!

Siento un sudor frío. Me revuelvo disgustado en la silla pensando en cómo debo comportarme, preguntándome cómo será el marrón que me espera.

—¡En cualquier caso, Terenzi, vayamos al grano! Como le decía, lo hemos convocado para ofrecerle una dirección.

Paolantoni escribe algo en un pósit; después, lo despega del bloque y lo tira sobre el escritorio que está delante de mí.

—Este es su nuevo destino. Dentro de una semana sustituirá a su compañero Rinaldi, que se jubila.

Siento que la sangre fluye de mi cara y que la fuerza escapa de mis extremidades.

—No, no es posible. Me niego...

—No me ha entendido, Terenzi. No es una propuesta, sino una disposición bien precisa. Su contrato dice que usted no puede rechazar un traslado. Claro que puede incordiar un poco, tomarse su tiempo, dirigirse al sindicato, pero mírelo de esta forma: si acepta, podrá expiar la pena enseguida. Liberarse de su engreimiento, de sus manías de protagonismo y de su absoluto desprecio de la dignidad de sus compañeros. Si se comporta bien, tarde o temprano la empresa puede decidir ofrecerle otra posibilidad de hacer carrera. Si se rebela, será siempre un empleado secundario. En este banco nosotros, los «dinosaurios», masticamos y escupimos sin el menor esfuerzo a los cojonudos como usted. No le conviene ponernos a prueba.



—Pero ¡eso es un chantaje!

Paolantoni esboza una sonrisa. Nota que mi protesta es débil, que, en realidad, aún estoy pensando en lo que debo hacer.

—Si lo considera inaceptable, dimita. Será duro perder su preciosa colaboración, pero intentaremos seguir adelante de todas formas. Y usted podrá buscar otro grupo bancario que lo contrate. Ah, a propósito, si está pensando que su currículum le abrirá todas las puertas, recuerde que todos los responsables de recursos humanos de los bancos se conocen y que antes de contratar a alguien que solicita un puesto se informan.

Bajo la mirada y leo de nuevo lo que Paolantoni ha escrito en el pólit. Creo que estoy en un aprieto.

Por fin llego. Los últimos quince kilómetros han sido los peores. A lo largo del recorrido no he visto un alma, exceptuando al humanoide de edad indefinida que cruzó la calle detrás de unas veinte ovejas. Ni siquiera se volvió para mirarme, como si mi Tiguan azul metalizado, nuevo y reluciente, fuese un cuerpo extraño en el contexto de esta mierda de montaña.

Cavernícolas con las uñas sucias y el aliento apestando a vino, o mujeres destrozadas siempre vestidas de negro, que vienen a depositar o a sacar unas cuantas monedas de sus malditas libretas de ahorros. Eso es lo que me espera en los próximos meses.

Un cartel en el margen de la carretera parece burlarse de mí. Me detengo para leerlo mejor: «BIENVENIDO A CASTROGNANO; PROVINCIA DE AQUILA; 1 328

METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR; HABITANTES: 294». Ahora la carretera es una recta plana que desemboca en una especie de plaza pequeña rodeada de edificios viejos de dos pisos, pegados unos a otros como si estuvieran encastrados. La desolación es total, parece que el tiempo se ha detenido. Un escenario estremecedor. No obstante, esta vez la causa no es la temperatura.